177

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL AGUA MILAGROSA

PASO DE COMEDIA

591

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

Copyright, 1908,
by S. y J. Álvarez Quintero.

S. y J. Alvarez Quintero

EL AGUA MILAGROSA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL AGUA MILAGROSA

PASO DE COMEDIA

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO ROMEA de Murcia, el 28 de Marzo de 1908

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A Concha Catalá

A quien hizo Dios... y
rompió el molde,
Sus admiradores y amigos,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FLORENTINA	Concha Catalá.
EL PADRE JUAN	Juan Balaguer.
ANTONIA	Josefa Alcoba.

EL AGUA MILAGROSA

Habitación del Padre Juan, cura de misa y olla, en un buen pueblo castellano. Puerta á la derecha del actor, y al foro dos ventanas grandes, á través de cuyos cristales se ve un corralillo limpio y alegre. Los muebles son pocos y se caen de viejos. Una estera de pleita, vieja también y remendada, cubre el suelo, mucho más viejo que ella y que los muebles. Es por la mañana.

El Padre Juan, sentado en un sillón de vaqueta al lado de una de las ventanas, lee en un libro, que por excepción en este caso no está empastado en pergamino. Es hombre de hasta edad de sesenta años, de aspecto bonachón, y tan pobre y humilde como el cura del Pilar de la Oradada. En sus ojillos, vivos y sagaces, hay un reflejo de socarronería.

Antonia, su criada, sale de improviso en tal guisa que hace inverosímil toda murmuración. Viene muy azorada.

ANT. ¡Padre Juan! ¡Padre Juan!

P. JUAN ¿Eh? ¿Qué hay?

ANT. ¡Visita!

P. JUAN ¿Visita? ¿Quién es, tan de mañana? ¿La señora alcaldesa?

ANT. No, señor; no es del pueblo. Es una señorona muy señorona; lo menos de Valladolid. Yo he sentido que me coja en esta facha.

P. JUAN De Valladolid espero una visita; pero es el hijo de un amigo mío. ¿No te ha dicho lo que me quiere?

606976

ANT. Ni sé lo que me ha dicho, señor. Si estoy aturrullada. ¡Qué sombrero! ¡qué plumas! Tiene aire de cómica.

P. JUAN ¿De cómica?

ANT. ¡Y qué bien huele!

P. JUAN A mí no me huele tan bien; ahí verás tú. Pero hazla pasar.

ANT. ¿Cómo?

P. JUAN Que le digas que pase y la acompañes hasta aquí.

ANT. ¿Y me quedo yo escuchando detrás de la puerta?

P. JUAN Te quedarás aunque yo no te dé permiso... con que anda.

ANT. Voy allá, voy allá. Vase.

P. JUAN Cosa más particular que esta visita... No sé qué pensar de ello... En fin... Se levanta y espera, fija en la puerta la mirada.

A poco llega Florentina. Es una mujer hermosa y elegante, de charla aturdida y ligera.

FLOR. Muy buenos días, señor cura.

P. JUAN Dios guarde á usted, señora. Buenos días.

FLOR. ¿Es usted el mismo padre Juan?

P. JUAN El mismo soy.

FLOR. Usted me perdonará que venga á importunarle á estas horas...

P. JUAN Todas son buenas para servir á Dios y al prójimo.

FLOR. Muchas gracias. Como es tan temprano...

P. JUAN Para mí es medio día. Yo amanezco siempre con el sol. ¿Tiene usted la bondad de sentarse?

FLOR. Sin atenderlo. ¡Qué cuartito más cuco, señor cura! ¡Qué ambiente de reposo hay en él!...

P. JUAN Es una pobreza, señora: lo que corresponde á quien lo habita.

FLOR. ¿Adónde dan estas ventanas?

P. JUAN Al corral.

FLOR. Ya, ya lo veo. Es muy alegre este corral. ¡Cuántas flores! ¿Es usted aficionado á las flores?

P. JUAN A todo lo que cría Dios.

FLOR. Yo también. Cuando vuelva á mi casa de Madrid, me permitirá usted que le envíe

unos cogollos de claveles andaluces que quitan el sentido.

P. JUAN ¡Oh! tanto honor... Pero ¿no se sienta usted?

FLOR. Déjeme usted curiosear un poco. Somos tan curiosas las mujeres...

P. JUAN Bien poco hay que curiosear aquí.

FLOR. ¿Es de marfil este crucifijo?

P. JUAN No, señora: es imitación.

FLOR. ¡Qué bonito es! Mirando un cuadro. ¡Ay, San Lorenzo!

P. JUAN San Francisco de Asís.

FLOR. Es verdad. Lo he confundido porque yo en mi casa de Córdoba tengo un San Lorenzo muy parecido á este San Francisco de Asís.

P. JUAN Ya. Los pintores á lo mejor no son muy católicos...

FLOR. Sacando de un bolso que trae un pomito, y aplicándoselo á la nariz. Con permiso de usted, padre Juan... ¡Me he levantado con una jaqueca!... ¿Quiere usted aspirar? Es muy agradable.

P. JUAN Gracias, gracias... Yo no tengo jaqueca...

FLOR. Pues á dársela á usted vengo yo.

P. JUAN Pues entonces... luego aspiraré.

FLOR. ¡Ay, qué buena sombra! ¿Es usted andaluz?

P. JUAN No, señora: soy castellano viejo. ¿Y usted?

FLOR. Madrileña. Pero fíjese usted. Ahora ya me siento. Lo hace. El Padre Juan se sienta también. Mi padre, italiano; mi madre, habanera; el padre de mi padre, de Sevilla; el padre de mi madre, de Lugo; la madre de mi padre, de Soria; la madre de mi madre, de Gibraltar... Y yo estuve á punto de nacer en Huesca. ¿De dónde soy?

P. JUAN Después de vacilar. Española... para acabar pronto.

FLOR. Española, es verdad. Ha estado usted muy oportuno. Y usted pensará: pero ¿esta señora á qué ha venido? Porque hasta ahora no he dicho á qué he venido.

P. JUAN Ha dicho usted modestamente que á darme la jaqueca...

FLOR. ¡Ay, qué gracioso! Usted es andaluz.

P. JUAN No, señora, no. ¿Por qué había de ocultarlo?

FLOR. Pues lo parece. Es usted una estampa á un primo de mi madre que vive en Ronda.

A Ronda voy yo por peros
y á Málaga por manzanas,
á las Indias por dineros
y á la Sierra por serranas.

Bueno; no quiero marearlo. Al asunto.

P. JUAN Hable usted.

FLOR. He pasado muy mala noche, señor cura. Como que no se me descarga la cabeza. ¡Ay! Usted me dispense. Del propio bolso saca una bellotita y se frota la frente. Esto refresca mucho; ¿No quiere usted frotarse?

P. JUAN Todavía no me duele.

FLOR. Ni lo permita Dios. ¡Ah! Si usted fuma, fume con libertad: á mí no me molesta. Mi marido con la colilla de un cigarro enciende el otro. Para otra mujer esto sería una falta; para mí es un encanto. ¿Querrá usted creer que me divierto con las espirales del humo? Bueno, yo soy un poco soñadora. Soñemos, alma, soñemos... Pero, en fin, al grano, que lo estoy entreteniendo á usted. Mi marido... Es decir, mi marido y yo, para que no se me tache de injusta... Por más que... ¡Ay, padre Juan, yo soy muy desgraciada!

P. JUAN ¿Usted, señora? Nadie lo diría: su rostro resplandece felicidad. Y la cara es el espejo del alma.

FLOR Como que si no fuera por lo que yo me sé y usted sabrá dentro de un rato, no habría mujer más dichosa en el mundo.

P. JUAN ¿Luego no me engaño completamente?

FLOR No, señor.

P. JUAN ¿Y no tiene usted esperanza de que Dios le otorgue lo que necesita para ser absolutamente dichosa? ¿Se lo ha pedido usted con unción, con fe?

FLOR Se lo he pedido hasta bailando sevillanas.

P. JUAN ¿Bailando sevillanas? No es la actitud más á propósito para hablar con Dios.

FLOR Quiero decir con ello que no hay momento de mi vida en que no haya elevado mis súplicas al Señor para que me conceda lo que

me falta. Padre cura, yo tengo unos padres que me adoran: no hay otros más buenos: los hizo Dios y rompió el molde. Tengo un marido que es una alhaja: todas mis amigas me lo envidian.

P. JUAN ¿Las casadas también?

FLOR También. Y las solteras. Porque de las viudas no hay que hablar: por sabido se calla.

P. JUAN Señora, señora...

FLOR ¡Usted no conoce á mi Toto! Se llama Teófilo, pero así es como le digo en la intimidad. Mi Toto; mi Totito... Es noble, es generoso, es guapo, adora en mí... También lo hizo Dios y rompió el molde.

P. JUAN ¡Qué lástima!

FLOR ¿Cómo?

P. JUAN ¡Qué lástima!—pensarán las otras... las que se lo envidian á usted.

FLOR. Ah, ya.

P. JUAN Y ahora pregunto yo: con unos padres tan ejemplares y un marido tan singular, ¿qué más dicha apetece usted en la tierra? No hay que ser ambiciosa...

FLOR. ¿Se le antoja á usted desatentada ambición pedirle á Dios un hijo... y que no rompa el molde hasta que yo le avise?

P. JUAN ¡Ah!... ¡Un hijo!... ¿Es un hijo por lo que usted suspira?

FLOR. ¡Uno siquiera, padre Juan! Así la vida es imposible. Un matrimonio sin hijos es muy soso. ¡Pero muy soso! A mí se me figura que es un matrimonio equivocado. Y pensar yo que mi Toto debiera ser de otra y no mío, me estremece, me espanta. Y mi Toto, en broma, me echa á mí la culpa: me dice que yo no tengo gracia. Y yo le digo que es él quien no la tiene. Esas tonterías de los matrimonios. Y es él, es él, ahora que no me oye. Porque, mire usted: mi hermana la de Cáceres tiene seis querubines—¡seis querubines, padre Juan, y yo ni uno solo!—otra que vive en Montevideo, Catalina, está esperando al quinto: ó al quinto y al sexto á la vez, porque así las gasta Catalina; mi

hermano Manolo tiene ya dos de la primera, dos de la segunda y dos de la tercera. Esto parece una charada, pero es que Manolo se ha casado tres veces. Dígame usted ahora si con estos hermanos tiene la culpa Toto de lo que nos ocurre, ó la tengo yo.

P. JUAN Así... á primera vista... la verdad... tiene la culpa Toto.

FLOR. A usted le ha hecho gracia lo de Toto. Usted es andaluz. ¡Vaya si es usted andaluz!

P. JUAN Le advierto á usted que á los de Castilla la Vieja también nos hacen gracia algunas cosas.

FLOR. ¡Ay, qué salado! Si no es usted andaluz merece serlo. Mi Toto es andaluz.

P. JUAN Ya me lo he figurado, señora.

FLOR. Pues esa es mi pena, padre Juan. Yo necesito en mi casa un angelín, una cabeza rubia—mi Toto es rubio...

P. JUAN Entonces... ahí tiene usted ya la cabeza rubia que necesita...

FLOR. Otra cabeza, padre Juan: una cabecita de serafín, que pueda yo dormir sobre mi seno, que pueda yo apretar contra mi regazo, que pueda yo besar hasta volverme loca, delante de mi Toto para decirle así una vez más todo cuanto lo quiero, y cuando mi Toto no esté en casa, para recordarlo en mi niño y besarlo en él sin que él se entere... ¡Ay, padre Juan, es una obsesión que raya en manía, pero que usted convendrá conmigo en que es muy respetable! A mí me hace falta que en aquella casa de Madrid suene la voz de una criatura; me hace falta quien corra por aquellos pasillos, quien me descomponga los relojes, quien me rompa los muebles, quien asuste al gato; me hace falta un ser á quien yo decirle siete veces al día: «Te voy á matar, te voy á matar, te voy á matar», y no matarlo sino á besos... ¡Me hace muchísima falta, señor cura; muchísima falta!

P. JUAN Sí lo comprendo, sí; pero ¿qué quiere usted que yo le haga, hija mía?

FLOR. A eso voy; es decir, á eso vengo. Porque

con tanto hablar, aún no he hablado del objeto de mi visita. Se me ha secado la garganta... Saca del bolso una caja de pastillas y toma una, después de ofrecerle al Padre Juan. ¿Quiere usted una pastillita, padre? Son muy buenas: suavizan las fauces... refrescan la boca...

P. JUAN Gracias... muchas gracias... Yo no acostumbro...

FLOR. Yo sí. Como charlo tanto, y soy tan expresiva y tan nerviosa... Porque yo soy muy nerviosa, padre Juan; pero muy nerviosa.

P. JUAN Ya, ya. (Acabaré por necesitar el pomito y la bellotita y las pastillas y todo lo que traiga en el bolso.)

FLOR. Bueno, pues... Ahora sí que voy á entrar en materia. Mi marido y yo siempre andamos de la Ceca á la Meca, como vulgarmente se dice, buscando antigüedades. ¡Como no tenemos otra cosa que hacer! El es muy dado á las antigüedades y á ciertos estudios, que á mí no me importarían un comino si no le importaran á él. A este pueblo hemos venido á visitar el castillo en ruinas, y la torre mudéjar, y no sé qué puerta de no sé qué casa de no sé qué calle. Y yo tal vez haya venido, sin sospecharlo, á encontrar mi felicidad.

P. JUAN ¿Pues?

FLOR. En la fonda donde paramos—que se llama «Fonda del Norte, antes del Sur», cosa que no he entendido...

P. JUAN Pues es que el primitivo dueño de la fonda era gaditano, y el dueño actual es gallego... Por eso la que era del Sur es ahora del Norte.

FLOR. Es muy gracioso. Pues bien, en esa fonda del Norte ó del Sur, que el viento no hace al caso, hay una camarera, padre Juan, que tiene doce hijos... Ya ve usted: ¡doce hijos, todos de un camarero!

P. JUAN Naturalmente: todos de su marido, que es camarero.

FLOR. Quiero decir de un hombre pobre, que no gana para alimentarlos siquiera, por mu-

chas propinas que le den... Y yo, en cambio, yo, en cambio... Pero, en fin, basta de lamentaciones. Esa mujer me ha asegurado anoche mismo—y por eso no he podido dormir: mire usted qué palidez y qué ojeras—que usted tiene una huerta cerca del pueblo, y que en la huerta hay una fuente que da un agua pura y cristalina, y que mujer que bebe ese agua no se queda sin hijos... ¿Es cierto?

P. JUAN Es cierto que tengo esa huerta, y esa fuente, y ese agua, á la que se le atribuye esa extraña virtud... pero...

FLOR. Pero ¿qué? ¡No me ponga usted inconvenientes!

P. JUAN Descuide usted, señora.

FLOR. ¿Es cierto que es precisa la autorización de usted para beberla?

P. JUAN Es cierto.

FLOR. ¿Y es cierto que usted no la concede casi nunca?

P. JUAN También es cierto.

FLOR. ¿Por qué?

P. JUAN Porque me ha ocasionado muchos disgustos la dichosa agua... y muchos sinsabores.. y ha dado lugar á no pocas calumnias, que es peor. Se llegó á decir que á mí me interesaba que nacieran chicos en el pueblo, por lo que me ganaba en los bautizos...

FLOR. ¡Qué picardía!

P. JUAN Los pueblos son así. Luego, esta es otra: los maridos llegaron á tomarme entre ojos. Esa misma camarera que le ha dado á usted las noticias, bebió el agua á los cinco años de casada, y desde entonces á la fecha... ya ve usted: ¡doce! Y el camarero me echa unas miradas cuando me ve... ¡Como si yo tuviera la culpa! Además, señora—todo ha de decirse,—dieron en beber el agua algunas solteritas, y... ¡Un horror! En resumen: que tuve que cerrar la huerta en absoluto y que negarme á toda súplica y á todo ruego.

FLOR. Me lo explico, padre Juan, me lo explico... Lo obligaron á usted... Hizo usted admira-

blemente. Pero yo soy aquí un ave de paso: me voy mañana... Beberé el agua sin que nadie se entere de ello más que mi marido, porque para mi marido no tengo secretos... Y si Dios quiere concederme lo que tan de veras le pido, yo bendeciré á Dios una y mil veces, y la hora en que vine á este pueblo, y el agua de la fuente, y la huerta, y á usted. ¡Ay, señor cura, no me niegue usted la felicidad que tiene en su mano!

P. JUAN — No, hija mía. Beberá usted el agua... ¿Por qué no?

FLOR. — ¿Qué me dice usted, padre Juan?

P. JUAN — Que beberá usted toda el agua que quiera.

FLOR. — ¿Sí?

P. JUAN — ¡Ya lo creo!

FLOR. — ¡Qué bueno es usted! ¡Déjeme que le bese la mano! Se levanta.

P. JUAN — Luego, más tarde, le mandaré á usted á la fonda al guarda que tengo en la huerta, y él la acompañará hasta allá, y la guiará á la fuente, y beberá usted cuanto desee... Se levanta también.

FLOR. — ¡Ay! ¿Y me podré llevar un cantarito á Madrid?

P. JUAN — ¡Sí, señora!

FLOR. — ¿Y Toto? ¿Podrá beberla Toto?

P. JUAN — ¡Que la beba, si gusta! No creo que tenga objeto, ¡pero que la beba! Dicen que para los hombres no vale...

FLOR. — ¿Usted la ha bebido?

P. JUAN — ¿Eh?

FLOR. — Ay, usted perdone: he dicho una tontería como una casa. Y es que ya no sé ni lo que pienso, ni lo que hablo... Me ha trastornado la alegría. ¡Mi querubín, mi querubín querido! ¡El ideal de mi matrimonio! ¡El complemento de mi dicha!

P. JUAN — Dígame usted, señora: ¿cuánto tiempo lleva usted de casada?

FLOR. — ¡Un año!

P. JUAN — ¿Un año nada más?

FLOR. — ¿Le parece á usted poco tiempo?

P. JUAN — Para tener esa impaciencia, sí. Calma, un poco de calma, hija mía.

FLOR. ¡No se arrepienta usted, señor cura!

P. JUAN No me arrepiento, no... Pero creo que es algo exagerada la impaciencia de usted.

FLOR. ¡Eso me dice Toto!

P. JUAN ¡Y tiene Toto más razón que un santo!

FLOR. Voy á comunicarle la novedad... Ya no estoy tranquila hasta que lo sepa...

P. JUAN Es claro.

FLOR. Disimule usted que me vaya tan pronto. Verdad es que así dejo de molestarlo.

P. JUAN Señora...

FLOR. Ya se me ha quitado la jaqueca, y la sequedad de la garganta, y todo, todo absolutamente. ¡Ah! Va usted á consentirme una cosa. ¡No me diga usted que no, padre Juan! ¡no me diga usted que no!

P. JUAN Si no he dicho ni que sí ni que no.

FLOR. Sé que en el pueblo hay mucho pobre: he visto á muchos niños... Yo quiero que por mano de usted vaya esta limosna para ellos... Le da unos billetes. Sin que se sepa de quién es.

P. JUAN Señora, Dios le premiará á usted esta obra caritativa... Yo repartiré la limosna entre los más necesitados, que son infinitos... Gracias, un millón de gracias...

FLOR. Calle usted, por Dios; no vale la pena. Gracias yo á usted... Y me marcho, me marcho ya. ¡Qué mañana le he dado! No deje usted de mandarme prontito al guarda de la huerta... Ya vendré á saludarlo á usted con mi Toto. Mi Toto se alegrará mucho de conocerlo. En fin, adiós.. ¿Me dejo algo? ¿me dejo algo? No; no me dejo nada... Será la primera vez que me vaya de un sitio sin dejarme algo.. Adiós, padre Juan. No me olvido de los claveles... ¡Ay, padre Juan, si viene el querubín al mundo, usted me lo bautiza! Adiós otra vez. Adiós, adiós, adiós...

P. JUAN Adiós, señora, adiós. La acompaña á la puerta, y desde ella hace á poco una cortesía, como si la despidiese. Después se aparta de allí, se santigua, y trata de coordinar sus ideas. ¡Jesú-! ¡Jesús! ¡qué visita! ¡qué cosa! ¿Quién había de pensar?... Con

ese empaque, con esa charla... ¡Qué mundo este!... ¡Jesús! ¡Jesús!

Vuelve Antonia.

ANT. Ya se fué... Menos mal que ha dado una limosna para los pobres... ¡Qué taravilla! ¡qué discursos! ¡qué saltar de una cosa á otra!

P. JUAN No critiques.

ANT. ¿Y sabe usted lo que le digo?

P. JUAN ¿Qué?

ANT. Que si su Toto es un sietemesino *escuchimizao* que la estaba esperando en la esquina, ¡ya puede beber la señora hasta cansarse, que no habrá novedad!

P. JUAN Anda, anda á volcar la olla, y déjate de murmuraciones.

ANT. Ya voy, señor, ya voy. Se va.

P. JUAN ¡Bien merece alcanzar la dicha plena
esa dama habladora
que así socorre la pobreza ajena
al vislumbrar lo que del cielo implora!...
Toda mujer que quiere un hijo, es buena.

FIN

Madrid, Marzo, 1908.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchieretti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo, con música del maestro Chapí.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.
La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.